

la autoaceptación o la mentira y el autorrechazo presenta —en opinión de la profesora Bravo—, un gran parecido con *Requiem for a Nun*.

Los hijos muertos, de Ana María Matute, también se considera que tiene un eco general de Faulkner. Uno y otra, escriben sobre la gente, el hombre en su lucha constante con su propio corazón, con el corazón de los otros y con sus propias circunstancias. En la obra de Matute aparecen aspectos tratados en *El ruido y la furia*, *Desciende*, *Moisés* y *¡Absalón, Absalón!*; el nacimiento, el esplendor y la decadencia de dinastías familiares y la relación entre vida y tradición.

La novela que ganó el Premio Nadal 1960 y el Premio de la Crítica de 1961, *Las ciegas hormigas*, de Ramiro Pinilla, según la profesora Bravo, debe mucho a una lectura atenta de Faulkner. Con motivo de su primera edición, los críticos ya lo apuntaron, y el propio Pinilla tampoco lo negó. Bravo piensa que Faulkner le dio a Pinilla «la posibilidad de enfrentarse con un material novelístico que ya poseía previamente, proporcionándole la lectura una manera de expresar ese mundo. La obra de Pinilla, una vez retirada la falsilla que pudo constituir la ayuda de Faulkner, supervive por sus propios méritos».

En la novela que se publica en España durante la década de los cincuenta, se hace perceptible la lectura de Faulkner en diversos aspectos, en muchos autores; el ensayo que comentamos, cita, entre otros, a Pedro de Lorenzo, Alejandro Núñez Alonso, Andrés Bosch, los hermanos Goytisolo, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Jesús López Pacheco, Ildefonso Manuel Gil, etc. «La deuda que la novela española de los años cincuenta revela con relación a la obra de Faulkner es muy considerable —comenta María Elena Bravo—. Durante estos años, se constata casi una ansiedad por parte de los jóvenes para crear una novela que se inspirara con preferencia en los modelos buscados fuera de las fronteras nacionales. William Faulkner fue uno de los modelos.»

Difusión que no decae

Durante los años sesenta y comienzo de los setenta, la obra de Faulkner adquiere una difusión cada vez más considerable. El hecho de que el novelista falleciese en 1962, fue aún motivo de una mayor atención. En España, concretamente, por entonces llegó a ser reconocido como figura universal.

Si como tantas veces se ha dicho, para muestra vale un botón, entre los muchos comentarios que los críticos españoles han hecho en torno a Faulkner, citamos lo que Tierno Galván dice en sus *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna*: «La literatura de violencia emocional y del aire libre de Hemingway y la violencia doméstica y obsesiva de Faulkner son un reactivo que, salvadas las distancias, equivale a la aportación de *El lobo estepario* de Hesse».

Bien entrados ya en la década de los ochenta, María Elena Bravo señala en su reciente trabajo sobre Faulkner, cómo la fiebre faulkneriana ya ha pasado, y que todo apunta a que, en la actualidad, se está fraguando una nueva novela: «A la vista de las ediciones de Faulkner —dice—, en esta última etapa de su penetración en España y de la comprensión que refleja la crítica, se puede decir que el novelista ha pasado a formar parte de un patrimonio cultural. Leer sus novelas ya no es ni descubrimiento ni desafío, y

sí, en cambio, en algunos casos, como se verá, un autor que no ofrecerá curiosidad que compense la laboriosidad de la lectura. Su influjo, sus radicales innovaciones, vendrán ya en la pluma de otros novelistas y las huellas de lecturas penetrantes se borrarán poco a poco».

La profesora Bravo cita como otros caminos de penetración de Faulkner en España, la nueva novela francesa y, sobre todo, la novela hispanoamericana: Rulfo, Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez.

En opinión de Félix Grande, que la autora de *Faulkner en España* recoge en su trabajo, «A Faulkner lo conocieron y se interesaron por él todos los novelistas más inteligentes», y considera que «es uno de los diez nombres fundamentales en lo que va de siglo». Para constatar el peso de la lectura de Faulkner en España y la influencia que ha tenido en nuestros novelistas de los últimos tiempos, el presente ensayo finaliza sus páginas analizando tres novelas que a la autora le parecen claves: *Cinco variaciones*, *Tiempo de silencio* y *Volverás a Región*.

Tres autores, tres novelas

Cinco variaciones, de Antonio Martínez Menchén, apareció en 1963, y es un testimonio de la búsqueda a la que se dedicaron los jóvenes de los años cincuenta en su afán por renovar la novela española. Martínez Menchén es situado entre Faulkner y Joyce, advirtiéndose la presencia del primero en el uso estructural de símbolos, los espejos como emblema de la propia novela; en la combinación de diversos tonos narrativos, especialmente en la representación del paso de la conciencia a la subconsciencia mediante el uso de la tercera persona subjetiva y de los diversos grados de monólogo interior; por último, en la creación de los ambientes estancados y resentidos.

«La diferencia básica entre Faulkner y Martínez Menchén —dice María Elena Bravo—, es la falta de dinamismo argumental, y aquí surge el parecido, de carácter más negativo, con Joyce.»

Al referirse al autor de *Tiempo de silencio*, la profesora Bravo opina que éste y W. Faulkner muestran gran afinidad en los presupuestos filosóficos y estéticos que cobran vida en sus respectivas creaciones. Ambos escritores crean una obra dinámica que exige una constante participación del lector. Por su parte, Martín Santos enseguida comprendió el excelente vehículo que proporcionaba la novela faulkneriana para expresar los problemas existenciales.

En opinión de Bravo, Martín Santos «de Faulkner ha tomado el concepto de tensión entre opuestos manifestado en la palabra, en el tono, en la presentación de los personajes, en la situación límite, en la perpetua moción que postula un equilibrio que ha de buscar el lector, el equilibrio que sugiere ese espacio silencioso que queda entre dos tensiones opuestas y simétricas; todos estos conceptos son indudablemente los originadores de lo que Martín Santos designó como realismo dialéctico».

En lo que se refiere a Juan Benet, el presente ensayo reconoce que su obra constituye la búsqueda de una contribución original a la novela española. Al hablar de *Volverás a Región* y su relación con la obra del escritor sureño, la autora del trabajo que comen-

tamos dice: «La novela que crea Faulkner, que crea Benet, no explica la vida, trata de reflejar la vida en su maraña. Al leer sus escritos no actuamos como testigos de otras vivencias, sino que la novela, subrogado de la vida y vida misma, nos hace conocer mejor el enigma de nuestra naturaleza, nos enfrenta con el problema de la lengua, de la memoria, de las creencias y del conocimiento por vía artística, es decir, por una vía intuitiva que resiste a la lógica y a la razón y es distinta a la ciencia y a la historia».

En otras muy distintas novelas de los años sesenta y setenta, continúa viendo María Elena Bravo la influencia de Faulkner de manera más o menos matizada, y cita *El miedo y la esperanza*, de Alfonso Martínez Garrido; *El ruido y la furia*, de Antonio Ferres; *Las ratas*, de Miguel Delibes; *Un olor a crisantemos*, de Segundo Serrano Poncela; *Florido Mayo*, de Alfonso Grosso; *El libro de las visiones y las apariciones*, de José Luis Castillo Puche, y muchas más.

«En todas estas novelas —dice María Elena Bravo—, escritas durante el último período del franquismo se observa una actitud de examen de conciencia, en la que el personaje narrador indaga los efectos de la sociedad en su devenir individual y su responsabilidad personal, a la manera de Quentin y su atormentado y comprometido sentir con respecto al Sur.»

Después de leer con atención este exhaustivo ensayo, no cabe más que reconocer la gran influencia que William Faulkner ha tenido en nuestra novela contemporánea, marcando nuevos y diversos derroteros.

Isabel de Armas

Pasiones y testimonios del Descubrimiento*

El descubrimiento de América ha originado a través de los siglos todo tipo de elucubraciones y fantasías. La utilización de adjetivos encendidos y altisonantes por parte de algunas *almas imperiales* ha estado a la orden del día. Tampoco faltaron en la orilla

* La Edad del Oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú. Edición de José Miguel Oviedo. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Tusquets Editores/Círculo de Lectores. Barcelona, 1986; 377 págs.